

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NUEVA ÉPOCA | NÚM. 42 | AGOSTO 2007

Carlos Monsiváis
Sobre Pedro Lemebel

Javier Wimer
Prehistoria de Carlos Fuentes

Adolfo Castañón
Sobre Pellicer

Federico Patán
Cinco minificciones

Federico Campbell
Sobre Ranulfo Romo

Francisco Prieto
Ortega y Gasset y los toros

Mauricio Molina
La escritura de los insectos

Edith Negrín
Sobre Margit Frenk

Alberto Blanco
Josu Landa
Poemas

Hernán Lavín Cerda
Sobre Rosario Castellanos

Reportaje gráfico
Isabel Leñero

Juan Ramón de la Fuente
El español, instrumento de
integración iberoamericana

Prehistoria de Carlos Fuentes

Javier Wimer

Italo Calvino afirma que el primer libro es acaso el más importante, porque ahí se prefigura lo que será un autor. A medio camino entre la memoria y la crítica literaria, Javier Wimer explora la obra temprana de Carlos Fuentes, desde sus primeros ensayos —como estudiante en la Facultad de Derecho— hasta la publicación de Los días enmascarados, su primer libro.

A lo largo de muchos años, tantos como los que me separan de mi juventud universitaria, he mantenido una relación de amistad con Carlos Fuentes. Tengo memoria de reuniones en nuestras casas o en las casas de amigos comunes y también memoria de actos académicos y mundanos en que ha sido figura principal. Pero todos estos encuentros me remiten, de modo natural, a los primeros que tuvimos en la vieja Facultad de Derecho.

Aquí se había inscrito, en 1951, con la anticipada intención de especializarse en derecho internacional. Llegaba envuelto en los prestigios de la Universidad de Ginebra y en las cautelas del explorador que ingresa en territorio bárbaro.

A pesar de su juventud y de sus persistentes ausencias del país, ya lo precedía o acompañaba cierta fama de escritor. La debía a la dispersa práctica del periodismo cultural y, en circuito cerrado, a Enrique Moreno Tagle, su maestro de literatura en el Colegio Francés Morelos,

quien no se cansaba de propalar el talento del joven que ganaba todos los premios en los concursos de la escuela.

En la primavera de 1952, Mario de la Cueva, entonces director de la Facultad de Derecho, convocó a una reunión en su despacho para dar forma a una nueva revista estudiantil. La revista se llamaría *Medio siglo* y daría nombre a nuestra generación.

Entre los muros del viejo edificio de San Ildefonso y en la ola de entusiasmo que acompaña a toda publicación juvenil, comenzó a formarse una red de relaciones amistosas que duraría toda la vida. Por ahí andaban, además de Carlos Fuentes, Salvador Elizondo, Víctor Flores Olea, Arturo González Cosío, Marco Antonio Montes de Oca, Porfirio Muñoz Ledo, Sergio Pitol, Rafael Ruiz Harrell y Genaro Vázquez Colmenares.

Esta amistad y aun cierto espíritu de pandilla se sostenían en un vasto campo de afinidades. Teníamos los mismos maestros, leíamos los mismos libros y en materia